

Alumbradas con faroles)
velozes van y en silencio.
Grita en una encrucijada
una voz, *Conde!* El cochero

Pára al punto los caballos ;
pregunta Orgaz desde dentro :
« A cuál de los dos ? » De fuera,
« Villamediana, » dijeron.

Villamediana al estribo,
juzgando que es mensajero
de la reina quien le llama,
sacó la cabeza y pecho ;

Y al punto se lo traspasa
una daga de gran precio
con tal furor, que á la espalda
asomó el agudo hierro.

Cayó el herido en el coche
un mar de sangre vertiendo ,
y de su amigo en los brazos
al instante quedó muerto.



EL CUENTO
DE UN VETERANO.

— o o o —
INTRODUCCION.

¡ Oh cuán grato es el oír
allá en el hogar paterno ,
las largas noches de invierno ,
entre el cenar y el dormir ,

Al veterano charlar,
y sus pasadas campañas,
envueltas con mil patrañas,
en rudo estilo contar!

En nuestra niñez primera
embebidos le escuchamos,
sin que una frase perdamos,
ni una palabra siquiera.

Y la peregrina historia
se queda como grabada,
y jamas la borra nada
de nuestra tierna memoria.

Un veterano alcancé
que en Italia combatió,
y que en Veletri se halló,
donde mal herido fué.

Y mui niño, allá en mi tierra,
recuerdo haberle escuchado,
de sus palabras colgado,
sucesos de aquella guerra.

Fuera el tiempo bueno ó malo,
todas las noches venia,
y desde léjos se oía
sonar su pierna de palo.

Era como una estantigua,
con desarrapado traje,
y restos del equipaje
de un militar á la antigua.

Del cortijo en el hogar
mui orondo se sentaba,
y la gente se agolpaba
en torno de él á escuchar.

Tras un sorbo de aguardiente
encendia su cigarro,
y de su voz de catarro
se desataba el torrente.

Ya un asalto referia,
estropeando los nombres
de reinos, castillos, hombres,
mas nada le detenia.

Ora un combate, ora un duelo,
ya el valor de un camarada,
de una patrona burlada
el amargo desconsuelo,

De un coronel el rigor,
la astuzia de un asistente,
el triste fin de un valiente,
las diabluras de un tambor.

Y una guitarra tocando
cantaba tambien romances,
con tal voz, y tales lances,
que nos dejaba temblando.

De robos y apariciones
varios casos repetía,
y costumbres, que decia
ser de lejanas naciones.

Y siempre cosas estrañas,
jurando á fe de soldado
todo haberlo presenciado
en sus gloriosas campañas.

Una noche nos contó
cierta peregrina historia,
que está fija en mi memoria,
y que á referir voi yo.



ROMANCE I.

EL AYUDANTE.

El marques de Castelar
entró triunfador en Parma,
con las valerosas tropas
de Nápoles y de España.

Estas van á la cabeza,
aquellas á retaguardia,
y de lauro inmarcescible
y gloria cubiertas ambas.

Desde Veletri venciendo,
y enmendando aquella falta,
las águilas imperiales
van ahuyentando de Italia.

La ciudad, que á los Borbones
el mas puro amor consagra,
y que el dominio detesta
de los príncipes del Austria,

Cual libertadoras mira
á aquellas huestes bizarras,
y con *vivas* de entusiasmo
las recibe y las aclama.

El alto cielo ensordecen
las sonoras campanas,
y á los valles y á los montes
las músicas y las salvas.

Brillan en los balconajes
de las calles y las plazas
ricos damascos y estofas,
pabellones y guirnaldas.

Y aun más el vistoso arreo
de las lindas parmesanas
ornadas de ricas joyas,
vestidas de nobles galas.

Y hierve inmenso concurso
de la plebe alborozada,
estrechando la carrera
por donde las tropas pasan.

El primero que desfila
al son de bélica marcha,
es el regimiento insigne
de las españolas guardias:

De firme lealtad ejemplo
á sus jurados monarcas,
modelo de disciplina
y de arrojo en las batallas.

De Castilla los pendones,
de tanta victoria y tanta
gloria ya nuncios, ya emblemas,
siguen con noble arrogancia.

Y oficiales y soldados
la atención pública llaman,
por su belicoso porte,
por su merecida fama.

En un cordobes morcillo
que con espumas de plata
el pretal, brazos y pechos
respirando fuego, esmalta,

Recorre las compañías,
y de un lado al otro pasa
gallardo, vivaz, activo,
D. Juan Enríquez de Lara,

Del regimiento ayudante,
y de tan noble y gallarda
presencia, que por los ojos
entra á conquistar las almas.

Esclarecido linaje,
de los mejores de España
era el de este caballero,
y su riqueza estremada.

En la mies de bayonetas
se descubre su cucarda,
como suele en la de espigas
una a mapola lozana.

De las mujeres los ojos
do quier síguenlo, y se clavan
en su rostro y en su talle,
en su garbo y en su gracia.

Su edad á los cinco lustros
de seguro aun no llegaba,
pues sus facciones guarnecen
aun mas bien bozo que barba.

En rondas y en desafíos,
 en pendencias y en batallas,
 ó con razon ó sin ella,
 siempre era un rayo su espada.

Y aunque bueno, calavera,
 y de lijereza tanta,
 que cuanto se le ocurría
 sin reparo ejecutaba.

En juego y en francachelas,
 y en aventuras galanas,
 liberalmente espendía
 sus pingües rentas de España.

Era un caballo sin freno,
 un demonio en carne humana
 en tratándose de amores,
 en petándole una dama.

Siendo ya tantos los lances
 que en su tierna edad contaba,
 que era su famoso nombre
 conocido en toda Italia.

Y en las calles y balcones
 le reconocen por fama,
 y en todas partes se escucha:
Ese es D. Juan. — Ese es Lara.



ROMANCE II.

EL ALOJAMIENTO.

En sus cuarteles dejando
 recogidas á las tropas,
 los oficiales y jefes
 sus alojamientos toman.

Y por las plazas y calles
 pasan, cruzan y se informan
 de los números y casas,
 y de si hai lindas patronas.

Coge D. Juan su boleta,
 dónde está la casa anota,
 y en su fogoso morcillo
 para buscarla galopa.

Al paso dice requiebros
 á las niñas que se asoman
 á los balcones, donaires
 á camaradas que topa;

Atropella á los paisanos,
 y las mesillas trastorna,
 al atravesar la plaza,
 de las pobres vendedoras.

A su alojamiento llega,
que es una casa de forma
donde un caballero anciano
mui noble y mui rico mora.

Mas en ella no hai mujeres,
lo que á D. Juan incomoda,
recetando al boletero,
por esta falta, una soba.

— Cortés el patron recibe
al huésped, que en su persona,
urbanidad y despejo
fina educacion denota.

Y en una vivienda rica,
do nada falta, le aloja,
rogándole honre su mesa,
y que cual dueño disponga.

Lara admite agradecido
la invitacion obsequiosa,
y con frases cortesananas
corresponde á tales honras.

Solo ya con su asistente
se lava, atilda y adorna,
y por registrar la calle
á los balcones se asoma.

No era la calle mui ancha,
y estaba desierta y sola,
por ser mas de mediodía,
que era de comer la hora.

Son las fronteras paredes
las de un convento de monjas,
cuya principal fachada
de arquitectura grandiosa,

A la plaza daba donde
hicieron alto las tropas
con sus bandas y banderas,
y marciales ceremonias;

De los altos miradores
viéndolo las religiosas,
que no están como en España
en reclusion tan angosta. —

Las espaldas del convento,
frente á la casa en que mora
D. Juan, daban pues, y en ellas
ventanas y claraboyas,

Con espesas zelosías,
que á las miradas curiosas
de imprudentes libertinos
el osado paso estorban.

Hacia una de estas ventanas
maquinalmente se tornan
de Lara los negros ojos,
que fuego mágico brotan,

Y al traves de los estorbos
juzga ver alguna cosa,
como un bulto negro y blanco,
que su atencion fija y roba.

— No se engañó. En el momento
ve que unos dedos asoman
por entre las zelosías,
y oye una tos sospechosa,

Y una voz sumisa luego
que claro le llama y nombra;
y él corresponde con señas,
pues el gozo le rebosa,

Pensando que una aventura
rara se le proporciona;
y de cierta ilustre jóven,
á quien ha burlado en Roma,

Recuerda haber entendido
tener una hermana monja,
que en un convento de Parma
amargas lágrimas llora:

Pues allí la sepultaron,
no vocacion fervorosa,
sino viles procederes
de un galan que la abandona.

Luego oye que le preguntan:
«Decid, ¿ la calle está sola?»
La registra con los ojos,
y contesta: «Sí, señora.»

Y al punto una zelosía
se entreabre, y una persona
que ver no pudo, tiróle
n papel que el aire corta,

Cerrándose aquel resquicio
con rapidez, sin que sombra
ni nada á notarse vuelva
detras de la claraboya.

Coge el papel, que traía
dentro una medalla tosca
solo como lastre ó peso,
que era avisada la monja,

Y con un lápiz escritos
en limpia y gallarda forma,
Lara estos renglones halla,
que con los ojos devora.

« Estaría tan ufana
 « con vuestro lijero amor,
 « como sumida en dolor
 « con vuestro olvido, mi hermana.
 « Pues no es abultada, no,
 « de vuestro porte galan
 « la fama, señor D. Juan,
 « que hasta mi celda llegó.
 « Quiero que me conozcáis,
 « y verme no os pesará;
 « solo en vuestra mano está,
 « si de servirme os dignáis.
 « Esta tarde al coronel
 « da, de vuestro regimiento,
 « un agasajo el convento,
 « venid, si os place, con él.
 « Y en viendo una monja allí
 « con una rosa en la mano,
 « yo soi, yo, que... Pero en vano
 « es deciros mas aquí.
 « Por fuerza encerrada estói,
 « no tengo ni un protector,
 « y solo en vuestro valor
 « humilde á buscarlo voi.
 « Otro papel tendréis luego
 « dentro de un escapulario
 « que os pondrá el mismo vicario,
 « tenéd disimulo, os ruego.

« Y sabéd... Mas basta ya.
 « sois hidalgo, sois discreto,
 « Sois español... el secreto
 « impenetrable será. »



ROMANCE III.

EL REFRESCO.

En un bajo locutorio
 que adornan hermosos cuadros,
 y muebles de terciopelo
 en forma de regio estrado,

Está el coronel de guardias
 con su cruz de Santiago,
 y con su azul uniforme
 de galones y entorchados.

El capellan le acompaña
 de su regimiento, cuatro
 capitanes ya machuchos,
 y el ayudante bizarro.

Del convento la prelada,
 parentesco, aunque lejano,
 con el coronel tenia,
 y ha dispuesto agasajarlo.

Y su adhesión y obediencia
al vencedor con tal acto
manifestar, porque puede
convenirle en todo caso.

Dos modestos sacerdotes,
y del convento el vicario,
los honores de la casa
haciendo están muy ufanos.

Y con melifluos semblantes
al coronel adulando,
y según las graduaciones
á todos los convidados.

De bronce dorada reja
cierra el anchuroso espacio:
lindero entre Dios y el mundo,
término entre el siglo y claustro.

Y detrás está estendido
un cortinon de damasco,
mientras acuden las monjas,
de quienes suenan los pasos.

— Descórrase la cortina
después de muy breve rato,
y la comunidad toda
descúbrese al otro lado.

Fórmanla unas veinte monjas,
que con los velos echados,
y con las túnicas blancas,
y con los oscuros mantos,

Dan á la reja el aspecto
de algun espejo encantado,
donde un coro de fantasmas
se ve al conjuro de un mago.

La prelada alzóse el velo
con señorial porte y garbo,
descubriendo un noble rostro,
pero ya sexagenario.

Al coronel un cumplido
hace oportuno, aunque largo,
y manda á las religiosas
alzar los velos opacos.

De varios gestos y edades
al descubierto quedaron
los semblantes compungidos,
todos modestos y gratos.—

Uno habia como un cielo,
de tanta beldad y tanto
atractivo, grave y noble,
que no es fácil ponderarlo.

Tez de nácar, y dos ojos
como poderosos rayos,
y los dientes como perlas
y como coral los labios.

Y una palidez, y un todo
tan perfecto y sobrehumano,
que sin humillarle el alma
era imposible mirarlo.

Esta linda religiosa,
este prodigio, este encanto,
una rosa nacarada
llevaba en la diestra mano.

Con lo que Lara los ojos
clavó y cebó en ella incauto,
conociendo ser aquella
la que pretende su amparo.

Quedó como queda el ave
bajo el prestigio tirano
de los ojos de la sierpe,
de quien va luego á ser pasto.

La prelada mui oronda
y con gran despejo hablando,
refirió á los circunstantes
las misas y los rosarios

Que por los reyes Borbones
el monasterio ha aplicado,
y las predicciones cuenta
de varias santas y santos,

Que aseguran el dominio
de Italia en Felipe y Cárlos,
por ser de la madre Iglesia
hijos predilectos ambos.

Y luego las monjas todas,
ora en tiple, ora en contralto
mil sandezes refirieron,
mil tontunas preguntaron,

Que con rubor escuchaban
los clérigos y el vicario,
retozándoles la risa
á los otros en los labios.

La que no habló una palabra,
indiferencia afectando,
fué la hermosa, que el extremo
ocupaba de un escaño.

Si era pasmoso su rostro,
su talle era tan gallardo,
que ni las ropas monjiles
lograban desfigurarle,

Bien que aun en ellas habia
ya negligencia, ya ornato,
una y otro disonantes
con la austeridad del claustro.

Y tambien su alta belleza
demostraba á vezes algo
como descompuesto, inquieto,
incomprensible y estraño.

Ya retorciendo de pronto
como convulsos los brazos,
ya revolviendo sus ojos
como vizcos y encontrados,

Ya frunciendo el entrecejo,
ya mordiéndose los labios;
pero todo pasajero,
rapidísimo, instantáneo;

Haciendo el desagradable
efecto que en un buen cuadro,
la cabeza de una santa
de Murillo ó de Ticiano,

Que al resplandor de una vela
se está de noche mirando;
si á un soplo de viento oscila
la luz, y todos los rasgos,

Sombras, perfiles y toques
se pierden, haciendo acaso
instantáneamente un moustruo
del mas prodigioso encanto.

Un esquisito refresco
de almíbares delicados,
de sorbetes y bizcochos
sirvióse con aparato,

En su bajilla de plata,
y en sutilísimos vasos
de fábrica de Venecia
con cifras de oro y con ramos.

Del locutorio ambas partes
fáciles comunicaron
dos tornos, que revolvan
velozes á todos lados.

Dentro servian las legas,
demandaderos y hermanos
á fuera, obedientes todos
á la prelada y vicario.

Mediada estaba la tarde,
bajaba el sol al ocaso,
y ser la hora de la lista
los tambores avisaron.

El coronel levántose como militar exacto, obedeciendo al momento de las cajas el mandato.

Y con palabras corteses demostrándose obligado al convento y á las monjas por su afecto y agasajo,

Se despide; y les ofrece la proteccion del mui alto infante, que de las tropas coligadas tiene el mando.

La prelada entónces dice mui obsequiosa: « Anhelamos yo y mis hijas, que un recuerdo, militares tan cristianos

« Lleven, ó señor, consigo, y que pueda ser acaso, como impenetrable escudo, bueno en batallas y asaltos. »

Y volviéndose á la linda con noble desembarazo, « Traéd (prosig ue) á estos señores del monasterio el regalo. »

Despareció, y al momento tornó la hermosa, en las manos trayendo un rico azafate con cartas y escapularios.

Pasó el azafate el torno, y el reverendo vicario, siguiendo como discreto la graduacion y los años,

Fué de cada concurrente en el cuello colocando aquella señal bendita, y poniéndole en la mano

De hermandad sellada carta, por la cual de los sufragios é indulgencias del convento gozarian como hermanos.

Pero ¡oh Dios! hai una carta, que no tiene escapulario, y sin él, como el mas jóven y el ménos condecorado,

Queda D. Juan, lo que pone en gran apuro al vicario; y lo nota la prelada, que dice en tono mui agrio:

« Dios os valga, hermana mia, y qué mal habéis contado..... os pierde tanta viveza..... id por otro escapulario. »

Corre la hermosa, figura
que donde están va á buscarlo,
y torna al punto con uno
que llevaba preparado.

Lo presenta á la prelada,
esta se lo da al vicario,
que en el cuello del mancebo
no retarda el colocarlo.

Y el coronel se retira
á la prelada encargando
que el regimiento encomiende
á Dios y á todos los santos.



ROMANCE IV.

UN COMPROMISO.

« Si á una principal mujer
« oprimida, desdichada,
« contra su gusto encerrada,
« queréis, señor, proteger,
« Esta noche, pues no hai luna
« á la pared de la huerta,
« que da á una calle desierta,
« venid, solo, al dar la una.

« Y á la parte en que un cipres
« descuella, hallaréis subida,
« que por allí carcomida
« la tapia está, y baja es.

« Y por dentro una escalera
« ya colocada estará,
« que fácil paso os dará
« á do mi afan os espera.

« Mi humilde historia sabréis,
« y entónces, cual caballero.....
« Nada exijo, nada quiero,
« sino que me oigáis y obréis.

« Me parece inoportuno
« á un español militar,
« á un hidalgo, asegurar
« que no corre riesgo alguno ;

« Y encargarle por su honor
« que eterno el secreto guarde.
« No puedo mas, que es mui tarde,
« hasta la noche, señor. »

Esto la carta decia
que D. Juan con ansia grande
sacó del escapulario
donde nunca debió hallarse.

Y que leyó varias veces
como si acaso dudase,
de que ser cierto pudiera
un empeño tan notable.

Encerrado en su aposento
está como delirante
midiéndolo á largos pasos,
y lo que ha de hacer no sabe.

Que es el violar la clausura
sacrilegio formidable
piensa, y se detiene un punto,
mas luego pasa adelante.

Y la beldad de la monja,
y su discrecion y talle,
y la opresion en que gime,
y su arrojo de citarle

Recuerda, y ya se resuelve;
cuando le ocurre lo grave,
lo criminal, lo espantoso
del paso á que va á arrojarse,

Que no hai momento seguro
de existencia en los mortales,
y que la justicia eterna
todo lo castiga y sabe.

Va á desistir. Mas le asusta
que la nota de cobarde,
si no acomete la empresa,
con la dama ha de quedarle.

Y en su edad, salud y brio
juzga estar léjos el trance,
en que basta arrepentirse
al hombre para salvarse.

A su siniestra un demonio
tiene, y á su diestra un ángel
que él no ve, pero que escucha
aunque le hablan sin hablarle.

Ai de Lara! El pecho cierra
al bálsamo saludable,
y al mortífero veneno
; triste humanidad! lo abre.

« Iré, vive Dios, lo juro, »
alto esclama; que aunque nadie
con él esté, bien conoce
que le contradice álguien.

La ciudad un gran sarao
á los jefes y oficiales
daba aquella noche misma
con música, cena y baile.

Y Lara asiste un momento,
de su lijero carácter
dando, como siempre, pruebas,
esmerado en porte y traje.

Pero hubieran advertido
unos ojos penetrantes,
que en su locuaz alegría
y movimientos marciales,
De afectado y violento
daba muestras su semblante,
porque voces interiores
no cesaban de asustarle.

Era media noche en punto
cuando dejó Lara el baile,
y dos veces volver quiso
al verse solo en la calle.

Mas resuelto, va á su casa
do toma su capa, y sale
seguido de su asistente,
á quien mandó acompañarle.

Por la ciudad, que dormia,
sin que otro rumor sonase
que el eco de los violines
ó de algun buho los ayes,

Vaga el jóven como loco,
porque el demonio y el ángel
dentro de su mismo pecho,
aun empeñados combaten.

Del eterno los juicios
santos son é inescrutables.
Sonó en el reloj la una
y decidióse el combate.

Lara del convento llega
á los humildes tapiales,
que allí atiende á su asistente
manda, y decidido parte.

El cipres erguido mira,
que taladrando los aires,
aparece entre las sombras
vago, aterrador gigante.

La pared registra, advierte
derruidos los sillares
de la planta, los ladrillos
descarnados, desiguales.

Tienta, y ve que ofrecen paso,
y que aun ya lo han dado ántes;
audaz trepa, y en la barda
llega pronto á cabalgarse. —

Le pasma el hondo silencio
y la oscuridad fragante
de aquel huerto, que domina
sin ver nada. Escucha el suave

Murmullo de agua corriente,
y de las hojas que el aire
mece con su dulce soplo.....
ai! aun puede retirarse.

Mas no se retira. Encuentra
cerca con los dos varales
de una escalera de mano.
En ella logra afirmarse;

Desciende sin saber dónde,
y al tocar la tierra, sale
de detras de un tronco, un bulto
que por el brazo le ase

Con una mano convulsa;
y una voz, que apénas sabe
si es voz, le dice: *Seguidme*,
y anda el bulto sin soltarle.

Por la confusion medrosa
de tinieblas impalpables
á tal hora, con tal guia,
y sin saber á qué parte

Va Lara, como caminan
tras su destino inmutable
sin verlo, del ciego mundo
por las sombras, los mortales.



ROMANCE V.

LA MONJA.

De una reducida celda
en el estrecho recinto,
que un claro velon alumbra
encima de un pajecillo,

Se encuentra confuso Lara,
cual por encanto metido
con la misteriosa guia
que le ha llevado á aquel sitio.

Mira en derredor, y encuentra
á un lado un lecho mezquino,
al otro un reclinatorio
y sobre él un crucifijo.

Dos mui capaces armarios
de nogal negro, un antiguo
escritorio, y taburetes
por la pared repartidos.

Y en medio un bufete halla
cubierto de mantel limpio,
con tortas, bizcochos, dulces,
conservas y pastelillos,